

CONMEMORACION DEL CARDENAL MERCIER

J. A. SOJO, S. I.

El 21 de Noviembre de 1851 nació en Braine-l'Alleud, cerca de Bruselas, Desiderio José Mercier.

Bélgica ha celebrado con júbilo este aniversario y en especial la Universidad Católica de Lovaina ha querido rendir público testimonio de veneración y de homenaje al que fuera el fundador del Instituto Superior de Filosofía.

Es difícil resumir en breves líneas la figura del Cardenal Mercier.

Hombre de estudio y de acción; prudente consejero, director de almas, gran prelado, príncipe de la Iglesia y defensor de su patria en los momentos más difíciles, su fama se extendió más allá de las fronteras de Bélgica hasta convertirse en una figura mundial, respetada por todos, amigos y adversarios.

Sin duda es la última parte de su vida —la de su episcopado y actuación durante la guerra de 1914— la que ha dejado más frescos recuerdos, pero esos veinte años al frente de la Arquidiócesis de Malinas fueron precedidos por otros treinta de enseñanza de la Filosofía, primeramente en el Seminario a partir de 1877 y en el Instituto y en la Universidad desde 1882. Este largo período, fecundo en obras y en artículos, es el que asegura al nombre del Cardenal Mercier un lugar de preferencia en el movimiento «neo-escolástico» y lo hace fundador de la llamada «Escuela de Lovaina».

Fué Su Santidad León XIII, antiguo Nuncio Apostólico en Bruselas, quien encargó personalmente al entonces joven pro-

fesor Mercier la creación de un Instituto Superior de Filosofía anexo a la Universidad Católica de Lovaina, Instituto que tendría por fin el estudio de las grandes corrientes filosóficas y en particular el de la doctrina de Santo Tomás de Aquino en función de la época y de los grandes progresos científicos.

En octubre de 1882, el canónigo Mercier —de sólo treinta años— había tenido (en los Halles de la Universidad) la lección inaugural del «Cours de philosophie de Saint Thomas». Era el primer curso libre, por vía de ensayo. Tres años después, el éxito del joven profesor era tal, que podía contar entre sus alumnos a un décimo del total de los estudiantes de Lovaina.

En 1889, por Breve Pontificio, es nombrado Presidente del Instituto que sólo existía en el plano ideal. La fundación no cobró realidad hasta 1894-95 y las dificultades que para ello hubo de vencer fueron enormes. Dificultades de ambiente, dificultades económicas, incompreensión de algunas personas de mucha influencia, novedad de la empresa, etc., etc. Había que improvisarlo todo: programa de curso, cuerpo docente, biblioteca, dar a conocer al mundo intelectual el movimiento mediante libros y artículos, fundación de la «Revue Néo-scholastique». La idea del Cardenal Mercier aprobada en todo por el Papa era un «repenser le thomisme» en función al desarrollo cada vez más creciente de las ciencias y repensarlo en función a las ideas filosóficas actuales, a los adversarios de la época, a las corrientes en boga. Quería establecer un diálogo fecundo y vivaz: «Pour qui philosophons-nous, sinon pour les vivants?», exclamó en cierta ocasión con energía. Sus aportes más considerables fueron en el campo de la teoría del conocimiento —la Criteriología— y en el de la psicología filosófica. Hasta el día de hoy el Instituto Superior de Lovaina sigue fiel a esta preferencia del Maestro.

El espíritu del Cardenal Mercier tenía una singular afinidad con el Doctor Angélico, lo que lo hacía capaz en alto grado para la explicación de la filosofía de Santo Tomás. Durante toda su vida consultó y estudió las obras del Aquinate y extrajo de ellas no sólo los principios filosóficos sino también los ascéticos y místicos.

Dotado de una inteligencia viva y penetrante captaba con facilidad y prontitud el fondo del problema a estudiar; su potencia intelectual se veía ayudada por una gran energía de volun-

tad y una gran capacidad de trabajo. Sensibilidad exquisita, muy abierto a la amistad y a la simpatía, se esforzaba por cultivar el rico fondo recibido de las manos de Dios. Inteligencia, voluntad, sensibilidad —componentes esenciales de un sano humanismo— todos tres se encontraron perfectamente equilibrados en la persona del Cardenal Mercier.

La divisa: «Hilarem datorem diligit Deus» escrita sobre la chimenea de su gabinete de trabajo, sintetiza su actitud frente a la vida. Era optimista por temperamento, optimista frente a la adversidad, optimista frente a los hombres. Daba con facilidad su confianza y era feliz cuando otros se la comunicaban. Alguien que lo conoció bien dijo de él que poseía «Tous les sentiments humains exceptée la baisse»...

Amaba a la juventud, y de la juventud, sobre todo de la juventud estudiantil de Lovaina, recibió innumerables muestras de simpatía. Al despedirse de sus alumnos les dijo: «¡Cuánta alegría me habéis dado! ¡Cuánta satisfacción! Cuando en el curso abrí vuestros ojos límpidos en busca de la verdad, cuando después del curso venís a estrechar mi mano y a pedirme si es posible continuar en una entrevista privada la discusión de tal o tal punto o de la solución que no os parece exacta. Y cuando de esos diálogos nace una vocación, cuando os oigo decir: también yo quiero seguir los cursos de Santo Tomás, entonces mi alegría es como la de un padre de familia al ver aumentar el número de sus hijos...».

La energía del Cardenal Mercier frente a los obstáculos, su tenacidad, su amor al trabajo y al estudio, el ardor que ponía en todas sus empresas, acabó por triunfar también en ésta del Instituto Superior de Filosofía y cuando en 1906 debía abandonarlo para ocupar la sede primada de Malinas, el novel arzobispo podía con confianza pasar el timón a otras manos; los escollos habían sido superados con toda felicidad, la ruta a seguir quedaba trazada y la obra asegurada para el futuro.

Como Arzobispo se mostró excelente administrador y cuando Bélgica fué invadida hizo frente al ocupante con una dignidad y una firmeza tal que le ganaron para siempre la estima y el respeto de sus conciudadanos. Su pastoral para Navidad en 1914 hizo el efecto de un toque a rebato: «El poder (del invasor)

no es una autoridad legítima. Por tanto en lo íntimo de vuestra conciencia no le debéis ni estima, ni apego ni obediencia».

Un último rasgo ha de añadirse a este esbozo de la figura del Cardenal Mercier: el rasgo espiritual y místico.

Lo que guiaba su fértil vida e inspiraba todos sus actos, así los más humildes como los más encumbrados, era su fe profunda, su amor de Dios y su pasión por la gloria de Jesucristo. Su vida íntima se mantuvo gracias al alimento de la oración y del sacrificio. Cuando uno visita en Malinas la sala del Museo dedicada a su memoria y contempla la estrecha y humilde cama de hierro que fué su lecho, los sencillos muebles de su despacho, su guardarropa y demás testigos de la austeridad y de la pobreza que supo guardar aun en medio del esplendor y del encumbramiento a la púrpura cardenalicia, la figura del gran Arzobispo se agranda aún con la grandeza de las almas que llevaron su amor a Cristo hasta la imitación más perfecta posible del Señor.

Preocupado por la formación intelectual y sobre todo espiritual de su clero, llevó a tanto su solicitud que el 18 de enero de 1926, cinco días antes de su muerte, desde la clínica donde iba a ser operado, escribió a lápiz a sus sacerdotes lo que se ha llamado con razón su testamento espiritual y en el que con un acento grave de despedida, como lo pedían las circunstancias, les decía: «Vous êtes devenus prêtres en vue de célébrer le Saint Sacrifice de la Messe... Vivre de votre Sacerdoce, c'est avant tout, célébrer saintement la Messe et administrer les Sacrements qui s'y rattachent...».

Este último mensaje muestra en Desiderio José Mercier el Pontífice y el Sacerdote que alaba la Escritura: «Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo...» (*Eccli.* 44, 16).

Lovaina, Noviembre, 1951.

LA PRIMERA EDICION CASTELLANA COMPLETA DE LA SUMA TEOLOGICA EN EL SIGLO XX

Por JORGE SILY, S. L. — San Miguel

El día 4 de agosto de 1944, festividad del gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán, se dió fin a la impresión del primer tomo de la versión castellana de la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino, en la Argentina. Seis años más tarde, el 2 de noviembre de 1950, se acabó de imprimir el vigésimo y último tomo.

El siglo XX tenía su primera versión castellana completa de la Suma Teológica.

El diario «El Pueblo», en su número del 6 de abril de 1951, daba cuenta del magno acontecimiento en un suelto titulado «Se ha concluido la edición de una obra de aliento: La Suma Teológica»¹.

El año anterior, J. R. Steffens había informado al público en la revista «Argentina» de la génesis y de las vicisitudes de la obra, cuyos originales estaban terminados el día 7 de marzo de 1949, fiesta de Santo Tomás de Aquino².

¹ *El Pueblo*, B. Aires, 6 de abril de 1951, p. 4.

² *Dos importantes obras de Santo Tomás de Aquino en edición argentina*, en *Argentina*, 1.º de enero de 1950, p. 62. La segunda obra a que se refiere el artículo es la Suma contra los Gentiles, traducción de la señorita M. M. Bergadá, y que acaba de aparecer (julio 1951). La revista *Sapientia* de La Plata, Argentina (n.º 17, 1950, p. 238), en su Crónica da cuenta de la nueva edición de la Suma Teológica cuando ya habían salido unos dieciséis tomos.